

Llegó el Día de Pentecostés:

*El Espíritu Santo ha creado
la Nueva Común-Unidad*

Rev. Osmundo Ponce



“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. De repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen”

(Hechos 2, 1-4)

Introducción:

Buenos días, (también en otras lenguas por diferentes personas).

¡Hoy es un día de fiesta, es el Pentecostés!

Queridas hermanas y hermanos, doy gracias al Señor de la Vida y la Historia que podemos compartir algunos pensamientos sobre cómo el Pentecostés puede revitalizar nuestra comunidad cristiana aquí y ahora.

Específicamente, me gustaría compartir sobre cómo podríamos asumir la pentecostalidad como estilo de vida dentro de nuestra iglesia. Entendemos esa “pentecostalidad” como la fuerza espiritual que motiva a los discípulos de Jesús a cumplir con su misión. Una misión que se extiende a todas las latitudes, a todos los seres humanos y que procura alcanzar la Vida Plena para todas y todos quienes escuchan y finalmente, actúan como la Nueva y Común – Unidad.

Veamos, esto con algunas preguntas:

I. ¿QUÉ ERA EL PENTECOSTÉS?

El Pentecostés era una festividad de los hebreos celebrada a los cincuenta días o siete semanas después de la Pascua, por esta razón se le llamaba Fiesta de las Semanas, también se le conocía como Fiesta de la Cosecha o Fiesta de las Primicias porque era la ocasión cuando se compartían las bendiciones de Dios con todos, especialmente con los más pobres y desprotegidos, tal es el caso de los huérfanos, las viudas, los desplazados y desterrados, es decir, inmigrantes. (Deut. 16:10-11)

Un elemento importante en la celebración de esta fiesta era el proceso educativo, hacia las nuevas generaciones, sobre la importancia de la liberación del pueblo. Ellos celebraban con alegría que Dios les había ayudado en su proceso de liberación de la esclavitud de Egipto. (Deut. 16,12)

En ese ambiente festivo de Pentecostés, se encontraban los discípulos de Jesús y en espera del cumplimiento de la Promesa que Cristo les enviaría el Espíritu Santo, Consolador y Guiador en sus nuevas tareas como forjadores de un nuevo estilo de vida: ser cristiano. Allí es cuando irrumpen varios elementos que para muchos resultaron incomprensibles: hubo un estruendo como de viento fuerte, además aparecieron lenguas como de fuego y los que venían de otras regiones, con diferentes lenguas, empezaron a entender las maravillas de Dios que proclamaban los discípulos. (Hech. 2,1-4)

II. ¿QUÉ IMPACTO SOCIAL Y RELIGIOSO TUVO EL PENTECOSTES?

Lo primero que marca el Pentecostés narrado en Hechos 2 es la superación de las barreras de comunicación. El texto bíblico nos narra que cada uno oía en su propia lengua (Hech. 2, 6).

A pesar que los oyentes eran de la misma confesión de fe, representaban varias culturas y la multitud se asombra respecto a cómo se logra superar las barreras raciales y culturales.

El impacto social que podemos ver aquí es la posibilidad de la unidad a pesar de la diversidad. Es aquí desde donde se genera una visión ecuménica, una perspectiva en donde todos pueden entenderse; en un espacio y tiempo donde todos caben.

Podríamos decir que el Espíritu Santo guía a los discípulos de Cristo, de tal manera que todos los oyentes (la multitud, el pueblo) puedan entender el mensaje a ser compartido, para esperanza de todas las personas.

El Espíritu Santo quiebra las murallas que nos separan unos de otros, el Espíritu Santo inaugura la Comunión (Koinonía) que vendría a constituirse en lo que ahora también llamamos Pueblo del Señor.

El Pentecostés viene a constituir el inicio de uno de los movimientos sociales más grandes en la historia de la humanidad: el cristianismo. Por esta razón, el Pentecostés cobra una vital importancia en los tiempos cuando se necesitan cambios. Viendo lo que sucede durante y después de Pentecostés, encontramos algunas similitudes con el surgimiento de movimientos de transformación.

Eran unos cuantos escogidos (los discípulos y discípulas de Jesús) quienes llegan a ser los dirigentes del movimiento, son estos los que estaban reunidos y preocupados por su re-organización ante la ausencia del maestro y dirigente.

Sucede un hecho espectacular que produce gran impacto, además, en el Pentecostés sucede en medio de una fiesta popular (Hechos 2, 12-12). Esta acción les permite anunciar cuál es la nueva forma de ser y de vivir. A partir de este discurso, algunas personas reflexionan y se inicia el proceso de conversión, de tal manera que el nuevo movimiento mantiene un crecimiento numérico significativo. (Hechos 2, 14-42)

Luego se establecen normas de convivencia que enfatiza el sentido de comunidad y se consolida ese nuevo estilo de vida, en donde lo prioritario es la solidaridad humana y el fortalecimiento de cada una de las personas que componen la nueva comunidad. (Hechos 2, 44-47)

Encontramos que se realizan, aún desde las limitaciones económicas, acciones a favor de los más desprotegidos, tal es el caso del cojo en la puerta del templo, lo cual produce asombro e incluso temor por lo que hacían los discípulos. Es así, que se presenta la oportunidad de compartir el reto a la sociedad para su arrepentimiento y conversión y lograr mejores tiempos en la sociedad. (Hechos 3)

Pero quienes tienen el poder y la autoridad reaccionan y se inicia la lucha por el control y la hegemonía en la sociedad. Se inicia entonces el martirio de los discípulos que asumen liderazgo, en este caso Pedro y Juan, ya que sufren encarcelamiento, interrogatorio, amenazas e intimidaciones. Sin embargo, las autoridades tienen que dejarlos libres porque ya existe apoyo de la gente, pues han empezado a ver y a comprender los signos de esperanza de una nueva forma de vida (Hech. 4).

III. ¿CÓMO NOS RETA EL PENTECOSTÉS HOY?

En primer lugar, nos reta a creer firmemente en la Promesa del Señor Jesucristo que siempre tendremos con nosotros al Espíritu Santo para que nos guíe y anime en nuestros esfuerzos por lograr una nueva vida, una nueva forma de ser iglesia, una nueva sociedad, una nueva convivencia de la humanidad (Hech. 1:8).

El Espíritu de Dios da el coraje para recuperar la voz y lograr que se escuchen nuestras demandas por humildes que sean. Recordemos que los discípulos eran humildes pescadores pertenecientes a los sectores populares (Hech. 4:13).

En este contexto, el Espíritu Santo insta a la unidad para que juntos demos testimonio del Evangelio del Reino de Dios, que es justicia, paz, amor y solidaridad.

El Espíritu nos guía para que las Buenas Noticias del Reino sean proclamadas, -aún a aquellos que no entienden nuestro lenguaje de esperanza-, Buenas Noticias de anuncio de los signos de vida y denuncia de los signos de la muerte, para lograr su conversión hacia los valores del Reino de Dios.

Estos valores que se traducen en acciones para hacer posible el establecimiento de la hermandad y armonía entre las personas de buena voluntad. Debemos seguir el ejemplo que nos presenta la Iglesia en su primera etapa de formación cuando "...no había entre ellos ningún necesitado... y se repartía a cada uno según su necesidad" cf. (Hech. 4: 34, 35).

IV. ¿CÓMO RE-ENCONTRAR LA VITALIDAD DEL PENTECOSTES?

Para re-encontrar la vitalidad del Pentecostés se deben aceptar algunos desafíos, los cuales nos motivan a la reflexión crítica y renovación en nuestra cotidianidad.

Nos parece que un desafío importante es la profundización de la mística en el servicio. Nuestra vida debe estar entregada plenamente a la causa del Reino, ya sea porque éste llegue a su concreción final o porque sólo se vean algunas pequeñas señales aparentemente insignificantes, lo importante es que nuestra motivación al servicio sea la Esperanza del Reino de Dios, aunque esta entrega de servicio a los demás signifique el martirio.

Ahora bien, también al interior de nuestras comunidades de fe debemos mantener una ejemplaridad ética que no es lo mismo que una actitud moralista. Se hace necesario superar el planteamiento cómodo del "dejar hacer - dejar pasar", la práctica

permanente de la crítica y la autocrítica personal y comunitaria permiten el desarrollo de la madurez personal y el fortalecimiento de la fe en la comunidad cristiana.

Es tiempo de dignificar el pequeño acto de compasión, el mínimo gesto de solidaridad que soluciona la necesidad inmediata. Debemos superar el miedo a las acciones asistenciales (Mat. 25:31-46). Estos pequeños signos de restauración del necesitado pueden engendrar la certeza que sí es posible lograr mejores condiciones de vida por medio de su propia gestión, ya que este "hermano más pequeño" encontrará el apoyo inmediato para construir un mejor futuro en medio de la comunidad.

Se hace necesario llegar a ser profunda y ampliamente ecuménico, el ecumenismo tradicional jerárquico ha sido superado. Tenemos que aprender a respetar las diversas expresiones culturales, litúrgicas, religiosas y a reconocer aquellas que han sido marginadas históricamente. Es decir, respetar e impulsar la riqueza de nuestra multi-culturalidad. Tendremos que superar el discurso único, la forma única de hacer las cosas, ahora ha de ser el tiempo de escuchar las diversas voces. Sí, es cierto, siempre se nos ha querido imponer formas únicas de pensar, hacer y sentir pero a ello hemos de resistirnos con la fuerza del Espíritu.

De igual manera, tenemos que trabajar arduamente para superar las barreras de género -también sociales y culturales- que todavía se encuentran enraizadas en nuestras tradiciones eclesíásticas y en nuestra práctica cotidiana (Gal. 3:18).

Se hace necesario enfatizar en la formación del liderazgo. Debemos insistir en nuestro principio de mantener una mentalidad con madurez bíblico-teológica. Deberíamos impulsar un amplio proceso educativo a las nuevas generaciones, tanto para su vida cotidiana como en la formación académica. Estos procesos formativos deben incluir todos aquellos campos artísticos y científicos que aporten al mejoramiento de la condición humana en la sociedad.

Conclusión:

Nuestra vitalidad del Pentecostés será una realidad en la medida que defendamos la esperanza. Debemos proclamar que la Esperanza está viva, que la Esperanza reverdece en cada acto de amor, de ternura, de justicia, en cada gesto generoso, en cada acción por la paz y la convivencia fraterna. Por siglos han querido aniquilar la esperanza y todavía creemos en ella, tampoco ahora podrán quitárnosla.

Nosotros tenemos la gran oportunidad de compartir esa fuerza del Pentecostés porque somos una comunidad que se está formando desde la diversidad de culturas que existen en nuestra Iglesia.

Dios nos ha regalado esta multitud de procedencias y orígenes para ser un solo cuerpo con un solo espíritu y con una sola fe, es decir, venimos desde distintos caminos pero todos nos encontramos juntos. O como lo dice la sabiduría popular: "Venimos en diferentes cayucos pero estamos en el mismo barco".

Esta es la Iglesia del Señor que el Espíritu Santo inauguró en el Pentecostés. Todos somos una sola parte del cuerpo pero todos somos un solo cuerpo.

Hagamos, pues, de la "pentecostalidad", es decir, de la acción permanente del Espíritu Santo, nuestro estilo de vida cristiana para que comprendamos los nuevos signos de la presencia de nuestra Guía y Consolador, y así seamos llenos de vitalidad para hacer posible la Esperanza de una Iglesia, con un nuevo cielo y una nueva tierra, en una nueva sociedad.

¡Que Dios nos bendiga a todos y todas!

Amén.